

---

## COMPRENDER EL AMOR ...TRAS LAS HUELLAS DE ARISTÓTELES (2)

---

*Tomás Melendo G.*

*Universidad de Málaga\**

La segunda parte de este artículo tiene por objeto mostrar la relación entre el amor humano y los deseos de plenitud, los cuales tienen su raíz común en lo que el autor denomina una *antropología del don*.

*Palabras Claves: Aristóteles – amor humano – perfección – entrega-felicidad*

— ■ —

---

## UNDERSTANDING LOVE... BEHIND ARISTOTLE'S FOOTPRINTS (2)

---

*The objective of the second part of this article is to show the relation between human love and the wish of completeness, which have their common root in what the author calls anthropology of the gift.*

*Key Words: Aristotle – human love – perfection – devotion – happiness*

---

\* Málaga, España. Correo electrónico: [tmelendo@uma.es](mailto:tmelendo@uma.es)

### III. Deseos de plenitud

#### 1. La aspiración esencial del amor

##### a) *Querer a alguien es querer-que-mejore*

JUNTO AL ANHELO INCONDICIONAL DE QUE VIVA, de que sea, el amor reclama para el sujeto querido que sea bueno, que viva bien, en el mejor de los sentidos en que utilizaban esta expresión los clásicos griegos.

En efecto, el más sublime compendio de cuanto podemos pretender cuando estimamos de veras a alguien es que alcance la plenitud a que ha sido llamado. Y esto, en expresión directa y sencilla, a la par que honda y plena de resolución, se expone con pocas palabras: «¡que seas bueno!».

Por eso, más de una vez he oído comentar a personas de edad y de prestigio humano reconocido, que el más profundo consejo moral que han recibido a lo largo de su vida –a pesar de sus muchos años de estudio de antropología y de ética, pongo por caso–, consiste en lo que, llenas de cariño, les repetían una y otra vez sus abuelas, cuando apenas contaban con tres o cuatro años: «hijo mío, ¡que seas bueno!».

Aristóteles estaría plenamente de acuerdo con los sentimientos de las ancianas a las que acabo de apelar.

Para él, y lo repite en multitud de ocasiones, el verdadero amor, la auténtica amistad, ha de ir acompañada del deseo eficaz de que aquellos a quienes amamos mejoren.

De ahí que el viejo filósofo griego rechazara, como falsa y muy peligrosa, la amistad entre «hombres de mala condición, que se asocian para cosas bajas, y se vuelven malvados al hacerse semejantes unos a otros.

En cambio –añadía–, es buena la amistad entre los buenos, y los hace mejores conforme aumenta el trato, pues mutuamente se toman como modelo y se corrigen». Y reforzaba: «La amistad perfecta es la de los hombres buenos e iguales en virtud, porque estos quieren el uno para el otro lo auténticamente bueno»<sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Cito por la versión de AYLLÓN, JOSÉ RAMÓN, Altair, Sevilla, 1998. nn. 123 y 129.

Aquí las glosas podrían multiplicarse, en buena parte por contraste, teniendo en cuenta el modo marcadamente egotista en que a veces se concibe el amor en el mundo contemporáneo. Por ejemplo, a muchas madres y muchos padres, a tenor de lo expuesto por Aristóteles, habría que advertirles de nuevo: lo que ha de pretender toda vuestra labor educativa, es descubrir y buscar el verdadero bien de vuestros hijos, de cada uno, no un mero beneficio aparente y, muchísimo menos, so capa de amor a ellos, vuestro propio «bien»: tranquilidad, libertad de movimientos, autorrealización proyectada, ausencia de preocupaciones, permisivismo...

*b) Ser, para el hombre, es vivir y perfeccionarse*

Pero volvamos a centrar nuestro tema, indicando que la búsqueda de adelantamiento y plenitud del ser querido representa en realidad la natural prolongación de lo que se perseguía en el estadio anterior, con la ratificación del ser. Antes que nada, porque el ser del hombre no constituye algo inerte y estático, sino que tiende a expandirse y a llevar a su acabamiento perfecto a todos y cada uno de los componentes de la persona.

Desde el mismo instante de la concepción, la criatura recién engendrada pone en movimiento su capacidad nativa de desarrollo, multiplicando sus células y organizándolas de una manera que ni el más avanzado de los ordenadores podría conseguir en millones de años; después, en cuanto sale del seno materno, todo es también crecer y desarrollarse, tanto desde el punto de vista biológico como en lo que se refiere al desenvolvimiento de sus capacidades mentales, motoras, afectivas; y el resto de su vida, aunque de forma quizás menos vistosa, consiste en continuar con ese despliegue, hasta alcanzar cotas que, en ocasiones, resultan difíciles de predecir: piénsese en un Juan Pablo II, en una Teresa de Calcuta o en cualquiera de los grandes artistas o científicos que han asombrado al mundo con sus descubrimientos.

Esto es lo natural para el sujeto humano: de manera que no cabe propiamente querer a nadie, confirmarlo en su ser, sin anhelar al mismo tiempo que la persona querida progrese más y más, desplegando de esta suerte toda la perfección pre-contenida en ella desde el momento en que fue engendrada.

En este sentido, Maurice Nédoncelle dice del amor que es «una voluntad de promoción». Y explica: «El yo que ama quiere antes que nada la existencia del tú; quiere, por decirlo de otra manera, el desarrollo del tú, y quiere que ese desarrollo autónomo sea (en la medida de lo posible) armonioso por lo que respecta al valor entrevisto por el yo para él»<sup>2</sup>.

Con lo que se apunta una nueva idea: el ansia de promoción y mejora al que nos venimos refiriendo tampoco es, como antes veíamos, una veleidad: amar de verdad a alguien lleva siempre consigo el que éste acreciente su perfección, en una medida proporcional a la calidad, intensidad e inteligencia del amor que se le otorga... con la condición de que no se oponga frontalmente a ello. Veamos cómo y por qué.

<sup>2</sup> NÉDONCELLE, MAURICE, *La Réciprocité des Consciences*, París, 1942, p. 319.

## 2. ¿Es el amor ciego?

### a) Descubrir la actual riqueza interior del amado

Muy lejos de ello, el amor hace ver, resulta en extremo clarividente. Sin duda, todos comprendemos lo que afirma el dicho popular y, desde la perspectiva que entonces se adopta, estamos de acuerdo con él. Pero no es eso lo más cierto ni lo más profundo que se puede decir del amor. Mucho más agudo es sostener lo contrario: lejos de nublar la vista de la persona que ama —y estamos aquí hablando de un amor real, genuino, y no, por ejemplo, de una simple pasión o de un capricho—, el amor la torna más penetrante y perspicaz, más sutil y comprensiva.

Es ésta una verdad universal, expresada sucintamente por de la Tour-Chambly —«cuando se ama, la naturaleza deja de ser un enigma»—, pero que todavía resulta más verdadera si se trata de seres humanos.

En tales circunstancias, no sólo es que a menudo se torne contraproducente la objetividad y el distanciamiento que tantas veces se reclaman, sino que, en el extremo opuesto, únicamente el amor comprometido permite ver las auténticas maravillas y la excelsa dignidad que cualquier persona —¡cualquiera!— oculta en lo más íntimo de su ser.

En consecuencia, si siempre resulta al menos imprudente juzgar a un hombre o a una mujer, la cuestión deviene un despropósito cuando se trata de calibrar a alguien a quien no se ama muy de veras.

En ocasiones, los padres, tíos, abuelos... de un adolescente o de un joven opinan con precipitación, con base sólo en algunos rasgos aislados y medianamente percibidos, sobre la calidad de la persona a quien el chico o la chica ha escogido por novia o novio: «mira con quien ha ido a caer éste o ésta...».

¡Tremendo error «metafísico»!, me atrevería a afirmar con un tanto de buen humor. Sólo quien la quiere con hondura atisba las riquezas, muchas veces en potencia, que esa persona —¡como cualquier otra!— custodia en su interior. «En el fondo de todas las almas —escribe Édouard Rod— hay tesoros escondidos que sólo el amor puede descubrir».

Y, por eso, pongo por caso, sólo los cónyuges enamorados son capaces de apreciar lo que vale aquel o aquella a quienes se han unido de por vida: los otros, los que los rodean, los ven sólo desde fuera; pero los esposos se quieren mutuamente con auténtica locura, y esa especie de frenesí, de éxtasis, al introducir a uno en el otro, los torna más perspicaces y clarividentes. Y lo mismo sucede con las madres: cuando una de ellas se complace ponderando a su hijo como su todo, su amor, su rey, su cielo..., mientras que ninguno de estos calificativos le parece casar al hijo de los vecinos, no es que esté fantaseando para su vástago atributos que de ningún modo existen en él: lo que ocurre es que el amor, lúcido, agudo y sagaz, le hace descubrir multitud de perfecciones reales (en los dos sentidos del término: efectivas y regias)... que a quien no ama pasan del todo desapercibidas.

Son ya muchos los que han dejado constancia de esta propiedad del amor. Elijo, entre ellos, el autorizado testimonio de Chesterton: «El amor —nos asegura— no es ciego; de ninguna manera está cegado. El amor está atado, y cuanto más atado, menos cegado está»<sup>3</sup>.

<sup>3</sup> CHESTERTON, GILBERT KEITH, *Ortodoxia*, 1908, en *El amor o la fuerza del sino*, Antología elaborada por DE SILVA, ÁLVARO, Rialp, Madrid, 1993, p. 47.

«Cuanto más atado...»: la razón determinante de este hecho es que conforme se intensifican los amarres positivos que nos ligan a una persona, mayor se torna la identificación imprescindible para que el conocimiento alcance su cenit. Conocer es de algún modo establecer la identidad entre cognoscente y conocido, convertirnos hasta cierto punto en la realidad que aprehendemos; y, en el caso de quien ama, hacerse uno con el amado, transformarse en él. Pues bien, como es sabido y sugeriremos en los párrafos siguientes, la mayor identidad posible entre dos personas, su mayor y más plena unidad, es la que realiza el amor.

### b) Y entrever la futura

Por eso, el amor interpersonal permite ver en el presente la excelsa magnitud del sujeto querido, a la par que anticipa su ideal futuro, lo que está llamado a ser. Así lo he estudiado, en otras ocasiones, de la mano de Max Scheler. Pero quizás nadie lo haya expuesto con tanta tersura y delicadeza como Alice von Hildebrand:

«Cuando te enamoraste de Michael —escribe en sus deliciosas *Cartas a una recién casada*—, se te dio un gran don: tu amor se deshizo de las apariencias pasadas y te proporcionó una percepción de su verdadero ser, lo que está llamado a ser en el más profundo sentido de la palabra. Descubriste su “nombre secreto”.

»A los que se aman se les concede el privilegio especial de ver con una increíble intensidad la belleza del que aman, mientras que otros ven simplemente sus actos exteriores, y de modo particular sus errores. En este momento tú ves a Michael con más claridad que cualquier otro ser humano».

Y añade resuelta: «La gente suele decir que el amor es ciego. ¡Qué tontería! Como dije antes, lo ciego no es el amor, sino el odio. Sólo el amor ve.

»Cuando te enamoraste de Michael, veías tanto lo bueno como lo malo que hay en él, y concluiste con razón que “la bondad que veo es claramente su verdadero ser, la persona que está llamada a ser. Sé que a pesar de las faltas que desfiguran su personalidad, es básicamente bueno”. (¿O no es ése el juicio implícito en tu última carta cuando decías que “cuando se pone furioso deja de ser él”?).

»Date cuenta de que tu juicio no sólo implica un simple reconocimiento de las virtudes de Michael, sino también capta sus debilidades e imperfecciones. Por eso te digo que el amor no es ciego; realmente agudiza la vista. (Dios, que nos quiere infinitamente, ve todo nuestro bien así como también cada mancha oscura que ensucia el alma)»<sup>4</sup>.

Hasta aquí von Hildebrand. Pero la alusión a Dios resulta aún más fecunda de lo que el texto parecería indicar. En primer término, consideremos esa misma apelación en una de las más conocidas poesías de Jorge Luis Borges, titulada *Otro poema de los dones*: «Gracias quiero dar al divino / laberinto de los efectos y de las causas / [...] por el amor, que nos deja ver a los otros / como los ve la divinidad»<sup>5</sup>.

Recordemos a continuación uno de los más agudos aforismos de Joubert: «“Verlo todo en Dios” para encontrar todo bello. Porque para encontrar bellos los objetos bellos tienen que tener el sol detrás y la luz alrededor»<sup>6</sup>.

<sup>4</sup> HILDEBRAND, ALICE VON, *Cartas a una recién casada*, Palabra, Madrid, 1997, p. 150.

<sup>5</sup> BORGES, JORGE LUIS. *Antología Poética 1923-1927*, Alianza/Emecé, Madrid, 5a reimp., 1993, p. 78, «Otro poema de los dones».

<sup>6</sup> JOUBERT, JOSEPH. *Pensamientos*, Edhasa, Barcelona, 1955, p. 89, núm. 592.

Y después, así preparados, preguntemos: ¿cómo o, mejor, dónde nos ve Dios a cada uno de nosotros? La respuesta tradicional es que nos ve en Sí mismo o, si se prefiere, desde Sí mismo, desde la bondad que Él mismo nos ha dado. Por eso, aunque es cierto que también advierte nuestras manchas, nuestros defectos o pecados, no los conoce en ningún momento, al contrario de lo que sucede a los humanos, como si fueran algo, sino en su estricta condición de privación, de no-ser (como la ceguera o la sordera, que no poseen una realidad positiva, sino que se configuran tan sólo como una carencia, una falta).

Y, por ende, aun cuando esta afirmación requeriría abundantes puntualizaciones, lo que primordialmente capta es el bien que Él nos ha participado y está de continuo manteniendo y desplegando en nosotros; lo otro, el mal, es una especie de añadido, o de recorte a su obra (y que, en última instancia, como sucede en los ejemplos propuestos, no es —con entidad positiva—... aunque exista). Por eso puede amarnos con un querer infinito.

(Por eso... y porque quiere y sabe perdonar, de veras, hasta la médula. Aunque este punto daría paso a un sinfín de sabrosas consideraciones, me limitaré a citar una de ellas, expresada de forma certera por Étienne Gilson: «El Dios de nuestra Iglesia no es sólo un juez que perdona, es un juez que puede perdonar porque es, primero, un médico que cura»<sup>7</sup>.)

Verdades que desembocan y se remansan en estas otras palabras de Joubert: «A mi entender, nuestras buenas cualidades son más *nosotros* que nuestros defectos. Cada vez que N no es bueno, es porque es diferente a sí mismo»<sup>8</sup>.

Amar supone, por tanto, en consonancia con cuanto vengo apuntando, conocer a fondo lo que el ser querido es en el presente y, en vehemente progresión, lo que está llamado a ser, su ideal futuro. Y ese ideal resultará más concreto y perfilado a tenor de la hondura inteligente del cariño. Pues, en efecto, lo que comentaba Ortega a propósito del arte y de la imagen sensible, resulta por completo aplicable a cualquier otro acto de amor y a los contornos más eminentemente espirituales. «Cada fisonomía —escribe el filósofo español— suscita como en mística fosforescencia su propio, único, exclusivo ideal. Cuando Rafael dice que él pinta no lo que ve, sino «*una certa idea che mi viene in mente*», no se entienda la idea platónica que excluye la diversidad inagotable y multiforme de lo real. No; cada persona trae al nacer su intransferible ideal. ¡Cuántas veces nos sorprendemos anhelando que nuestro prójimo haga esto o lo otro porque vemos con extraña evidencia que así completaría su personalidad!»<sup>9</sup>.

Todo esto no son teorías más o menos sugerentes o atractivas o utópicas, sino verdades fecundas, cargadas de un sinnúmero de repercusiones prácticas, vitales. Apuntaré sólo una, aplicable al conjunto de quienes, en un sentido u otro, tenemos la función de educar: cuando no somos capaces de descubrir los caminos por los que enderezar a las personas a nuestro cargo, o cuando sus defectos toman la delantera sobre sus cualidades y nos impiden reconocer la amable realidad de estas últimas, ni el diagnóstico ni la terapia son en exceso complicados: en el fondo, suele haber una falta de buen amor; y el adecuado tratamiento

<sup>7</sup> GILSON, ÉTIENNE. *El Amor a la Sabiduría*. Ayse, Caracas, 1974, p. 85.

<sup>8</sup> JOUBERT, JOSEPH. *Op. Cit.*, p. 69, núm. 419.

<sup>9</sup> ORTEGA Y GASSET, JOSÉ, "Estética en el tranvía", en *El Espectador*, I.

consiste, entonces, en un incremento eficaz de nuestro cariño. Habrá sin duda, especialmente en determinadas ocasiones, que entender algo de pedagogía o de psicología. Pero lo que importa ante todo es incrementar el calado y la enjundia de nuestro amor, hacerlo más hondo, más desprendido e intachable (venciendo, pongo por caso, ante una o varias acciones reprobables, ese enfado inicial que sin pretenderlo distorsiona la percepción); y entonces, la ampliación del alcance de nuestro conocimiento, nos permitirá «ver» lo que el educando necesita y, además, impulsará a éste a avanzar en los caminos de su propia mejora.

### 3. Las amables exigencias del cariño

#### a) *Para avivar el proceso de mejora*

Pues es verdad que el amor no sólo descubre la futura perfección de quien estimamos, sino que, en sentido estricto, la exige, la reclama. El amor —respetando siempre la libertad ajena— obliga amablemente a perfeccionarse.

Por eso, cuando el proceso formativo parece detenerse, la novación de la intención y de los bríos amorosos no sólo logra apreciar los senderos del adelantamiento del ser querido, sino que le impulsa a dar los pasos imprescindibles en esa dirección.

Basta con querer mejor, de manera más gratuita y desprendida, con mayores bríos: no son necesarios muchos más medios. El buen amor —el de dos cónyuges cabales, pongo por caso— consigue hacer mejor al otro con solo la fuerza del afecto, sin necesidad apenas de palabras. Es el propio vigor del amor el que incita a progresar a aquel a quien se lo otorgamos. ¿Por qué motivos?

Antes que nada, porque así, al corregirse, quien se descubre amado va advirtiéndose también menos indigno del querer que gratuitamente le consagran.

Además, y sobre todo, porque nuestra predilección está poniendo ante su vista, quedamente, sin gritarlo, su propio ideal. Como apuntábamos, cuando queremos de veras, no amamos tanto lo que la persona es, cuanto ese grado de plenitud final —el proyecto perfectivo futuro, en palabras de Scheler— que, en fuerza del cariño que da pujanza a nuestra inteligencia, hemos descubierto. Queremos a nuestros amigos, a nuestro cónyuge, a nuestros hijos —sin impacientarnos, sin inoportunos pedagogismos—, en toda esa apoteosis que el despliegue portentoso de su propio ser está llamado a alcanzar. Y, como advirtiera ya Goethe, al anhelarlos mejores de lo que son actualmente, les alentamos a avanzar en el camino de su propia superación.

Gracias al cariño que le dispensamos, aquel a quien pretendemos perfeccionar conseguirá lo que por sí solo difícilmente lograría. Con palabras del filósofo Jean Guitton, recientemente fallecido: «Así, lo que el ideal moral nos obliga a realizar, a saber, ese “segundo ser” superior a nosotros mismos que es nuestro modelo, el amor nos permite obtenerlo de buen grado, de muy buen grado [...]. Es tan difícil igualarse a sí mismo, por sí mismo, con un yo que está por encima de sí, como fácil es hacerse semejante a ese modelo de sí cuando es proyectado sobre uno mismo por el ser que nos ama. En los dos casos hay una especie de ilusión, puesto que se propone una imagen de algo aún inexistente. Pero, cuando esta imagen procede del amor de otro ser, tiene una potencia creadora. Por eso, cada uno de nosotros actúa, realiza y

hasta existe en proporción a lo que le cree capaz quien lo ama. El secreto de la educación es imaginar a cada ser un poco mejor de lo que es en realidad. ¿Qué soy yo, pues, sino lo que creen de mí los que me aman? Cuando la conciencia se cierra sobre sí misma, se seca y se atormenta y cuando se abre al amor se libera de sus cadenas interiores. Pero la conciencia sólo se abre cuando acoge al amor; así, en el circuito del amor la respuesta contiene más que la demanda y el don que se recibe más que el don que se hace»<sup>10</sup>.

En resumen, la réplica amorosa al amor que concedemos a alguien es, con cadencia insoslayable, incremento de su propio ser. Como, al quererlo, lo queremos bueno, cumplido, activamos el proceso de su personal perfeccionamiento, avivado por la energía inigualable que nuestro cariño le aporta. Con magnífica intuición femenina lo expresaba Philine, la enamorada de Amiel, en la carta con que respondía a una probable regañina, también epistolar, de éste: «Mis desigualdades desaparecerán en cuanto esté a tu lado para siempre. Contigo mejoraré, me perfeccionaré, sin límites; porque a tu lado la saciedad y la desunión serán inconcebibles. No sabrás todo lo que valgo hasta que no pueda ser, junto a ti, todo lo que soy»<sup>11</sup>.

### *b) Con manifestaciones muy concretas*

Las consecuencias de cuanto venimos viendo en estas últimas páginas son, asimismo, abundantes. Señalaré algunas de ellas.

La primera, el sentirse indigno del amor que a uno le ofrendan, por ejemplo, en la vida conyugal. Tengo que reconocer que uno de los hechos que más me han emocionado a lo largo de mi experiencia como marido y en el trato prolongado con otros matrimonios, es que tantas veces, y no sólo en los inicios de la existencia en común, uno de los esposos dice al otro: «te quiero con locura, incondicionalmente, y no comprendo, al mirar dentro de mí, cómo tú puedas amarme»; y la respuesta del cónyuge consiste en volver la oración por pasiva: «no, soy yo quien está encandilado contigo, y, conociéndome, me resulta imposible creer que me hayas elegido como esposo o esposa».

Algunos considerarán todo esto romanticismo barato, y así me lo exponía no hace mucho, al final de una conferencia sobre el tema, una persona que concluyó su perorata diciendo: «¡yo sé muy bien las cualidades que tengo, y por las que mi mujer se ha enamorado de mí!». Reconozco que su intervención —en la que me acusaba de sentimentalismo y de ser más empalagoso que el propio Bécquer— me produjo una enorme pena. Tuve que contar hasta veinte, porque lo que el alma y la lengua me pedían era amonestarle de inmediato con la expresión «¡desgraciado!». Y esto, no en tono de recriminación ni mucho menos ofensivo, sino porque se estaba perdiendo lo más gratificante del amor, que es justo la certera sensación de que no lo merecemos.

Como sostiene Étienne Rey, «para gustar plenamente de la felicidad, no hay como sentirse indigno de ella». Y Marta Brancatisano: «ser amados cuando somos los héroes o los primeros de la clase ni siquiera nos produce mucha satisfacción; pero ser amados cuando

<sup>10</sup> GUITTON, JEAN, *Ensayo sobre el Amor Humano*, Sudamericana, Buenos Aires, 1968, p. 75.

<sup>11</sup> MARAÑÓN, GREGORIO, *Amiel*, Espasa-Calpe, Madrid, 11ª ed., 1967, p. 134.

somos y nos comportamos como unos gusanos... ah, esto sí que es algo que conmueve las entrañas del mundo, algo que provoca un estupor capaz de dar nueva vida a quien recibe un amor así»<sup>12</sup>, injustificado, gratis.

Y en el amor conyugal, todo es gratuito. Ciertamente, cualquier persona merece ser amada por su simple condición personal (también gratuita, fruto de la liberalidad creadora); pero que alguien haga de nosotros el objeto exclusivo de sus amores, el que se obligue mediante una promesa irrevocable a entregárenos de por vida y luce día a día por cumplirlo, en los momentos de alza y en los de bancarrota, eso nadie lo puede exigir, pues es resultado de una decisión completamente libre, que reclama nuestra entera gratitud.

De suerte que, aunque son muchas las razones que explican la especie de contradicción que acabo de exponer —reconocerse recíprocamente indignos del amor que nos otorgan—, una de ellas consiste, muy en concreto, en que quien ama no advierte sólo lo que engalana ahora al sujeto amado, sino toda la plenitud que está destinado a encarnar y que el amor descubre. Y, como dentro de cualquier matrimonio cabal, cada uno de los cónyuges quiere al otro más que a sí mismo, también detecta en él mucha más perfección que la que el otro alcanzaría por mera introspección. Y así, con toda esa maravilla, es como hace reposar en él su afecto.

Otro de los efectos inesquivables del amor, ya antes aludido, es que, en cuanto alguien se enamora y se descubre correspondido, con independencia de su edad, condición social, estado de salud, etc., formula inevitablemente un propósito de mejora, para hacerse menos indigno del amor que le están regalando. Por eso, cuando escuchamos respecto a alguna persona la triste afirmación de que «no ha sido nada en la vida», podemos estar seguros de que nadie la ha amado de veras.

Es sin duda el sentido que encierra esta sentencia de Gautier: «Nada contribuye a hacer malo a un hombre, como el no ser amado». Y probablemente el que cabría asignar a las siguientes afirmaciones de Niemeyer: «El amor engendra amor e incluso la naturaleza ruda no siempre alcanza a resistir su fuerza. Si muchísimos hombres hubieran hallado más amor en su infancia y su juventud, se hubieran humanizado en mayor grado».

En consonancia con estas últimas palabras, la consecución de una vida lograda es tantas veces fruto de la conciencia de ser queridos y de la confianza inquebrantable que quien lo ama —una madre, pongo por caso— deposita en aquel a quien quiere... y hace surgir en él. (Antonio Millán-Puelles, uno de los más eminentes filósofos contemporáneos, repite, con gratitud convencida y en la intimidad, que lo que ha llegado a ser en la vida lo debe en buena medida al cariño de su madre, que le instaba llena de fe: «Hijo mío, tú serás algo grande»).

Por fin, podríamos referirnos al egoísta. Suele considerarse como defensor de esa condición el que la persona enclaustrada en sí misma se niegue con más o menos conciencia a querer a los demás; pero esto, en ocasiones, puede ser sólo el resultado de una mala educación o de un temperamento no corregido. Mucho más revelador del efectivo egoísmo es, por el contrario, que quien se encuentra aquejado por este defecto capital rechace ser amado:

<sup>12</sup> BRANCATISANO, MARTA, *La Gran Aventura*, Grijalbo, Barcelona, 2000, p. 68.

justamente porque advierte que, con el cariño recibido, habría de esforzarse por mejorar, saliendo de sí y queriendo a su vez... y no está dispuesto a soportar los sacrificios -sabrosísimos, por otra parte, aun cuando él lo ignore- que impone «el amar por ser amado».

### c) *Y el esfuerzo de la propia entrega*

Corroboración en el ser, exigencia de plenitud, descubrimiento de una perfección que uno mismo no percibe en sí, anhelos impetuosos de mejora...

Mucho mejor lo ha dicho el poeta, en el que considero todavía como el más iluminado canto amoroso en castellano de todo el siglo XX, *La voz a ti debida*, de Pedro Salinas: «Perdóname por ir así buscándote / tan torpemente, dentro / de ti. / Perdóname el dolor, alguna vez. / Es que quiero sacar / de ti tu mejor tú. / Ese que no te viste y que yo veo, / nadador por tu fondo, preciosísimo. / Y cogerlo / y tenerlo yo en alto como tiene / el árbol la luz última / que le ha encontrado al sol. / Y entonces tú / en su busca vendrías, a lo alto. / Para llegar a él / subida sobre ti, como te quiero, / tocando ya tan sólo a tu pasado / con las puntas rosadas de tus pies, / en tensión todo el cuerpo, ya ascendiendo / de ti a ti misma. / Y que a mi amor entonces le conteste / la nueva criatura que tú eras»<sup>13</sup>.

(El verso final, con el verbo en pasado, representa la cumbre de esta inspiradísima composición: Salinas afirma aquí que el despliegue personal de todo ser humano es justo eso, desarrollo; y que el conjunto de su plenitud se encontraba de algún modo contenido en el ser que Dios le dona en el momento mismo de su creación. Nuestra tarea es desenvolver esa riqueza hasta alcanzar, al término de la vida, aquello que, hasta cierto punto, ya éramos desde el comienzo –la belleza está cerca del origen, afirmaba Goethe–. Y para lograrlo necesitamos del amor de los otros.)

También Gregorio Marañón, en uno de los pasajes del estudio sobre *Amiel* que antes citaba, lo expresa con acribia insuperable... con tal de que lo que afirma de la mujer se aplique con idéntico vigor al varón: «Amiel ignoraba que la mujer ideal no se encuentra, en ese estado de perfección, casi nunca: porque, por lo común, no es sólo obra del azar, sino, en gran parte, obra de la propia creación [...]. El ideal femenino, como todos los demás ideales, no se nos da nunca hecho; es preciso construirlo; con barro propicio, claro está, pero lo esencial es construirlo con el amor y el sacrificio de todos los días, exponiendo para ello, en un juego arriesgado, a cara o cruz, el porvenir del propio corazón»<sup>14</sup>.

Llegados a lo cual considero conveniente insistir sobre un aspecto. Parece indudable que el amor, ese querer que alguien sea y obtenga la riqueza definitiva encerrada en su ser, se configura como el motor de toda educación, de cualquier intento de ayudar a otras personas. Pero quisiera añadir que, justo por tratarse de personas, cada una de ella es irreplicable, y su perfección –gozando de cierta analogía con la de los demás– se conforma también de una manera estrictamente singular e irreiterable. Por eso, lo que siempre debemos perseguir a través del amor más acendrado es que el ser a quien queremos alcance su propio apogeo: el

<sup>13</sup> SALINAS, PEDRO. *La voz a ti debida*, Clásicos Castalia, Madrid, 1974, 2a ed., pp. 93-94.

<sup>14</sup> MARAÑÓN, GREGORIO, *Amiel*, p. 112.

suyo, realmente distinto del de cualquier otro individuo humano entre los que existen, han existido o existirán... y también del nuestro propio.

Recuérdese que Aristóteles definía el amor como «querer el bien del otro en cuanto otro». Y evóquense también las palabras dirigidas por Unamuno a un escritor novel, que se quejaba ante el maestro de que su producción no era suficientemente reconocida. Don Miguel le contestó: «No te creas más, ni menos ni igual que otro cualquiera, que no somos los hombres cantidades. Cada cual es único e insustituible; en serlo a conciencia, pon tu principal empeño»<sup>15</sup>.

Lo apunta asimismo Julián Marías, aunque desde una perspectiva un tanto diversa, que subraya más las necesidades del amante que la búsqueda del bien de la persona amada. Con todo, rectificando levemente el punto de mira, cuanto afirma constituye un resumen plenamente aprovechable en nuestro propio contexto: «Lo que he llamado la “insaciabilidad” del amor quiere decir que no se contenta con ninguna abstracción, que no le basta tal o cual aspecto de la persona amada, sino que aspira a ella en su integridad, pasada, presente y futura, corporal y anímica, sentimental e intelectual, en este mundo y en el otro.

»En su realidad temporal, a lo largo de la vida—no perdamos de vista que la vida humana es un transcurso o decurso argumental, en que el tiempo vivido se va sedimentando y permite desde él la anticipación del futuro previvido—, el amor consiste muy principalmente en dejar ser. Esta es la raíz de su imprescindible respeto, compatible con su avidez que llega hasta la insaciabilidad de que acabo de hablar. El que ama necesita tanto a la persona amada, que tiene que dejarla ser lo que es, lo que tiene que seguir siendo.

»Lo único que puede hacer activamente sobre ella es estimular el nacimiento de lo más propio y lo mejor, ayudarla a descubrirse, a verse como en un espejo que le ofrece el que la ve. El que quiere transformar a la persona amada—error tan frecuente—no la ama de verdad, ya que esto lleva a querer que sea lo más posible ella misma, y por eso se limita a intentar despojarla de adherencias postizas, para dejar su realidad exenta, no para cambiarla por la propia o por la personalmente preferida»<sup>16</sup>.

Y con esto podemos pasar al último punto.

#### IV. Entrega

##### 1. Donación personal y gratuita

###### a) «Tú, solo tú»

Representa la más realista culminación del amor. La cuestión suele expresarla como sigue: incrementada merced al cariño la agudeza de su entendimiento, la persona que ama descubre toda la maravilla que el ser querido encierra virtualmente en su interior y la aventura de mejora a que se halla destinado; y entonces, sin palabras por lo común, sino con la

<sup>15</sup> UNAMUNO, MIGUEL DE, «¡Adentro!», en *Obras selectas*, Plenitud, Madrid, 5a ed., 1965, p. 186.

<sup>16</sup> MARIAS, JULIÁN, *La Educación Sentimental*, Alianza Editorial, Madrid, 1992, p. 282.

propia vida, no puedes por menos que decir: «¡vale la pena que yo me ponga plenamente a tu servicio para que tú alcances ese portentoso de perfección y belleza que estás llamado a ser y que yo, en fuerza de mi amor, he descubierto en ti!».

Entonces es cuando da inicio la aventura; cuando se empieza a conjugar la vida en segunda persona del singular y primera del plural (tú y nosotros); cuando se empieza a ver no sólo con los propios, sino también y fundamentalmente con los ojos y el entendimiento del amado; cuando se anhela y desea a través del corazón de quien se estima.

Muchísimos son los ejemplos en que todo esto se manifiesta con sencillez, sin aspavientos, demostrando en cualquier caso que la entrega representa la medida del fidedigno amor: sin ir más lejos, en la existencia cotidiana de una buena familia, en la que cada uno, conforme va madurando, tiende a subordinar sus propios intereses a los deseos de los demás, y en la más o menos excepcional de las personas dedicadas por vocación al servicio de los otros.

La pregunta que surge entonces, casi sin pretenderlo, es la siguiente. ¿Qué aspiran a intercambiarse los que se quieren?, ¿qué es lo que ambiciona ofrecer el enamorado al objeto de su devoción? Y la respuesta podríamos encontrarla, de nuevo, en unos versos de Salinas, que constituyen, a la par, toda una síntesis de la antropología del regalo y, por ello, de la condición de persona: pues ésta, como veremos, se encuentra natural e íntimamente orientada al don, a la dádiva. «¿Regalo, don, entrega? —se pregunta el poeta— Símbolo puro, signo / de que me quiero dar. / Qué dolor, separarme / de aquello que te entrego / y que te pertenece / sin más destino ya / que ser tuyo, de ti, / mientras que yo me quedo / en la otra orilla, solo, / todavía tan mío. / Cómo quisiera ser / eso que yo te doy / y no quien te lo da»<sup>17</sup>.

### **b) El sentido del regalo**

¿Por qué una antropología del regalo? Sugeriré tan solo. Aunque todos tenemos conciencia de nuestra propia pequeñez e incluso de la mezquindad ocasional de algunas de nuestras actuaciones, la índole personal de cada sujeto humano lo eleva a una altura tan prodigiosa, tan disparatada, que hace que también para él resulte válido, plenamente efectivo, el siguiente aforismo: «es tanta la perfección radical de la persona, que nada se muestra digno de serle regalado si resulta menor que... ¡otra persona!; cualquier realidad distinta que se le ofrende se queda corta, chata, permanece muy por debajo de lo que la densidad personal reclama».

En semejante sentido sostenía Emerson: «Las sortijas y las joyas no son regalos, sino disculpas por los regalos. El único regalo es una porción de ti mismo»: todo tu ser, corregiría yo, recordando a San Juan de la Cruz: «Allí me dio su pecho, / allí me enseñó ciencia muy sabrosa, / y yo le di de hecho / a mí, sin dejar cosa; allí le prometí de ser su esposa»<sup>18</sup>.

Y, en verdad, el regalo realiza su función en la medida estricta en que en él se encuentre comprometida, y como encarnada o condensada, la persona que lo hace. Esto lo sabían muy bien las culturas antiguas, por ejemplo, la griega; y, así, cuando Telémaco intenta retener a

<sup>17</sup> SALINAS, PEDRO, *La voz a ti debida*, p. 77.

<sup>18</sup> SAN JUAN DE LA CRUZ, *Cántico Espiritual*.

Atenea, disfrazada de forastero, y le ofrece «un presente, un regalo inestimable y hermoso que será para ti un tesoro de mí, como los que hospedan dan a sus huéspedes», Atenea, la de los «ojos brillantes», le contesta: «No me detengas más, que ya ansío el camino. El regalo que tu corazón te empuje a darme, entrégamelo cuando vuelva otra vez para llevarlo a casa. Escoge uno bueno de verdad y tendrás otro igual en recompensa»<sup>19</sup>.

Todo ello, por desgracia, se ha ido abandonando en el mundo «civilizado» de hoy. Y los grandes almacenes –con sus ofertas anónimas ya dispuestas y bien embaladas... y con sus impersonales «tarjetas-regalo»– no ayudan mucho a reparar esa pérdida.

No obstante, también ahora sigue siendo cierto que, con independencia absoluta de su valor material, un regalo vale lo que valga la persona que se ha implicado en él. ¿Recuerdan la escena memorable de *El club de los poetas muertos*, cuando los mismos enseres de escritorio, regalados por dos años consecutivos al co-protagonista, salen volando, por despecho, desde lo alto del pequeño cavalcavia que une dos edificios? Estamos ante un ejemplo elocuente de lo que, por desgracia, prolifera en nuestra cultura: el regalo se utiliza en ocasiones –incluso entre padres e hijos–, no como manifestación de amor y símbolo de entrega, sino como simple gesto epidérmico movido más por la rutina que por el cariño, o como medio para aplacar la propia mala conciencia por la escasa atención que prestamos a quienes deberíamos querer, y para «comprar» y con ello «prostituir» a unos hijos a los que no se atiende convenientemente y de los que sobre todo se desea, a menudo sin advertirlo, mimos y agradecimientos periféricos o incluso... que nos dejen en paz.

En el extremo contrario, emociona todavía el embeleso con que recibe la madre esos cuatro trazos mal dispuestos que el hijo o la hija de muy pocos años le ofrece con ocasión de su santo o cumpleaños, o del día de la madre. Bosquejo que no vale nada, absolutamente nada... excepto toda la persona del niño, que se ha volcado en su elaboración durante una, dos o más semanas. Las madres aprecian efectivamente la valía de esa muestra de entrega, aunque su precio comercial sea nulo y menos que nulo.

Lo ha expuesto también, con singular eficacia, Alberoni: «En la vida cotidiana –explica– vale el principio del intercambio calculable: si te doy una cosa quiero algo a cambio y debe ser del mismo valor». Entre quienes se aman, por el contrario, «no hay ninguna contabilidad entre lo que doy y lo que recibo. Cada uno le hace dádivas al otro: las cosas que le parecen bellas, algo que hable de sí, que se lo recuerde al amado. Pero también cosas que agradan al otro, que el otro ha nombrado o conservado. A menudo el don es acto imprevisto, un gesto espontáneo que simboliza la donación de sí, la propia disponibilidad total. Pero el don no espera otro don, no espera ser recambiado. Al hacer un don la cuenta se iguala de inmediato: basta que el otro lo aprecie, que esté contento. La alegría del otro vale más que cualquier objeto. De esta manera, entre los dos hay un darse dones, pero sin intercambio». Y, al contrario, «cuando se desencadena una contabilidad de los dones, un “yo te he dado y tú no”, es que el enamoramiento –¡el amor!– está a punto de terminar. Cuando cada uno exige contabilidad del dar y tener, es que ha finalizado por completo»<sup>20</sup>... o, quizá, que nunca había nacido.

<sup>19</sup> HOMERO, *Odisea*, I, 311-318.

<sup>20</sup> ALBERONI, FRANCESCO, *Enamoramiento y Amor*, Gedisa, 6a ed., 1996, p. 61.

## 2. La inclinación personal a darse

### a) *El hombre, un ser para el amor (y la felicidad como consecuencia)*

Prosiguiendo con nuestro tema, desde el momento en que se advierte con claridad que la entrega constituye la coronación y el compendio del amor, se torna evidente que hablar de amor entre animales es sólo una pobre metáfora.

El animal no puede amar porque no puede entregarse; y no es capaz de hacerlo, en última instancia, porque no se pertenece a sí mismo; el ser de las realidades infrahumanas viene a reducirse a una simple porción o fragmento del conjunto del cosmos material, una especie de «préstamo ecológico»; y siendo así, al no poseer propiamente su ser, no pueden ofrecerlo a nadie y, por ende, son incapaces de querer, si entendemos este término en su sentido más propio y colmado.

La situación del hombre es muy distinta. Al hombre le cabe amar porque sí puede ofrecerse. Como su ser se lo ha concedido Dios en propiedad privada –inalienable e inamisible–, en el momento sublime en que se enamora, cuando de verdad quiere a alguien, con un acto supremo de generosidad puede disponer de ese ser para otorgarlo efectivamente a la persona que ama (de por vida y en todas sus dimensiones, si se trata del amor conyugal).

Ahora bien, a esta que podríamos definir como condición constitutiva de la entrega, se añade una especie de requisito existencial o vital, de andar por casa; y es que, en el acontecer diario, ese hombre o esa mujer sean también dueños de sí: que su voluntad impere sobre sus instintos (o tendencias) y los domine, atemperándolos o inflamándolos, según sea el caso.

Y esto siempre, no sólo en la vida sexual sino en todas y cada una de las circunstancias del humano existir: quien no es señor de sí mismo, aquel cuyo humor y estado de ánimo dependen de cómo se encuentra físicamente, del clima, de la ausencia de contrariedades, del éxito de los planes establecidos para los fines de semana..., difícilmente podrá amar de forma cabal, puesto que, no poseyéndose, resultará incapaz de entregarse de una manera eficaz y positiva.

Y, con ello, frustrará la propia existencia. El hombre y la mujer están destinados al amor y de ahí que aspiren naturalmente a darse. ¿Para qué?: para ofrecer al otro el propio ser personal, que es un gran bien, el mayor que uno posee... y lo más perfecto que existe en toda la naturaleza (*perfectissimum in tota natura*, según la expresión ya clásica). Y la gran paradoja es que sólo así, al prodigarse, al olvidarse de sí, al des-vivirse, alcanza el hombre la propia plenitud y felicidad vitales. El hombre sólo es radicalmente hombre, persona, si y en la medida en que persigue el bien del otro en cuanto otro.

O, dicho con palabras distintas, el darse es constitutivo del sujeto humano, lo que le permite ser persona íntegra, completa. Lo recuerda la *Gaudium et spes*, en un pasaje comentado con frecuencia por Juan Pablo II: «El hombre, única criatura terrestre a la que Dios ha amado por sí misma, no puede encontrar su propia plenitud si no es en la entrega sincera de sí mismo a los demás»<sup>21</sup>.

<sup>21</sup> *Gaudium et spes*, 24.

### b) La fecundidad característica de la persona

¿Cuál es la razón de esta exigencia? En otros lugares, al hablar de la felicidad, lo he explicado con más extensión. Aquí bastará con responder: el motivo es su grandeza, su enorme riqueza o densidad ontológica. A la persona (de manera primordial a las Tres Personas divinas, pero también a las personas creadas), en virtud de su superior grado de ser, y en contraposición con todo lo infrahumano —que a causa de su indigencia busca en exclusiva su propia perfección—, parece como si le sobrara realidad: de ahí que se encuentre íntimamente inclinada a darse, persiguiendo mediante el amor el perfeccionamiento ajeno.

Lo sugiere de manera un tanto indirecta, pero con fina intuición, Mercedes Arzú de Wilson: «El niño indefenso —explica—, al menos en las primeras etapas de su desarrollo, parece ser sólo un conjunto de necesidades. Pero el niño es más que eso; es un ser espiritual». Por tanto, continúa, «lo que posteriormente se revela como decisivo es si el niño es [o no] amado y si la satisfacción de sus necesidades va acompañada de amor. De hecho, es más importante que el niño sea amado a que un determinado número de sus necesidades objetivas no se satisfaga»<sup>22</sup>. Lo que la condición personal del ser humano reclama, desde sus primerísimos vagidos, no es precisamente la satisfacción egotista de las propias carestías, sino la apertura infinita al don recíproco.

Se entiende, entonces, el grito del poeta: «¡cómo quisiera ser eso que yo te doy, y no quien te lo da!». Y se lo comprende también en cuanto anhelo nostálgico y siempre insatisfecho (¡cómo quisiera!). En efecto, por razones que ahora no es necesario explicar, pero que resultan de evidencia común, el hombre y la mujer, por más que se empeñen, no pueden entregar de una vez, definitivamente y por completo, todo su ser. Incluso cuando llevan a término un compromiso de amor exhaustivo y para siempre, que alcanza en ocasiones las dimensiones sexuales, siguen siendo, por decirlo con el poeta, demasiado suyos.

También en este caso, la lírica lo expresa con galanura: «Qué pena ser dos, quererse / y estar llenos de delirio. / Qué pena ser dos, qué pena / pensar que son dos caminos... / Ay, qué tremendo es pensar / que dos nunca son lo mismo, / que dos vientos diferentes / llevan camino distinto»<sup>23</sup>.

Donación, pues, pero implacablemente limitada. De ahí que, además de añadir al compromiso la fidelidad, entre los hombres la entrega del ser tenga que traducirse en ofrenda de otras realidades que, de algún modo, compendien ese ser íntimo y constitutivo. Y, entre todas ellas, la traducción más común y significativa es la ofrenda (nada alienante) de la propia voluntad, de la capacidad de querer: ya que en manos de la voluntad se encuentran las riendas de todas nuestras facultades y operaciones y, desde ese punto de vista, de todo lo que somos.

Tal vez con cierta imprecisión metafísica, pero con suma eficacia, lo expresa Mauro Leonardi: «¿Cómo se puede amar? La respuesta es obvia: dando la propia vida. Pero si la pregunta se precisa aún más, y se interroga: ¿qué es lo que el hombre posee en su vida

<sup>22</sup> ARZÚ DE WILSON, MERCEDES, *Amor y Familia. Guía práctica de educación y sexualidad*, Palabra, Madrid, 1998, p. 123.

<sup>23</sup> MORALES, RAFAEL, «Pena», en *Obra Poética*, Austral, Espasa-Calpe, Madrid, 1982, p. 65.

como propio, qué significa entonces “dar la vida”?, la única respuesta posible es: entregar la libertad. Nada de cuanto el hombre es le pertenece: todo es un don de Dios. Sólo la libertad del hombre le pertenece *en propiedad*, y esto justo porque Dios ha querido crear al hombre *libre*, es decir, donarle en *propiedad* una libertad, que el mismo Dios tutela con infinita delicadeza en cualquier instante de la vida humana»<sup>24</sup>.

Por eso, como fruto de una genial intuición poética, Miguel Hernández esculpió en el frontispicio de la más conocida de sus elegías: «En Orihuela, su pueblo y el mío, se me ha muerto, como del rayo, Ramón Sijé, *con* quien tanto quería» (y no *a* quien tanto quería, como a menudo se dice e incluso se ha escrito o cantado –me viene a la memoria, entre otras, la versión de este poema realizada por Serrat–). El fruto privilegiado de la entrega es, en efecto, el querer *con*, que incluye y eleva al querer *a*: por eso, ¡qué inmensa y conmovida alegría cuando dos personas a quienes la vida ha unido durante largo tiempo en luchas, socorros y dádivas, o cuando dos cónyuges con suficientes años de vuelo, adivinan y anhelan, sin necesidad siquiera de palabras, lo que la persona amada desea llevar a término!

Lo ha expuesto, también con un claro deje de certera lírica, San Josemaría Escrivá de Balaguer: «Amar es... no albergar más que un solo pensamiento, vivir para la persona amada, no pertenecerse, estar sometido venturosa y libremente, con el alma y el corazón, a una voluntad ajena... y a la vez propia»<sup>25</sup>. Ajena y a la vez propia porque, como veremos con algo de detalle al hablar de la amistad, la identificación entre los seres queridos, que constituye en cierto modo la esencia terminal del amor, hace que realmente no distingan lo que les incumbe a ellos y lo que corresponde al amado.

### c) *La absoluta prioridad del otro*

Nos vamos acercando al final de esta sección. Hemos ya comprobado que, desde el punto de vista de su naturaleza más íntima, toda persona está llamada a entregarse, hasta el extremo de que si no lo hace, se frustra en su propio ser y se hunde en la desdicha. Pero todavía cabría preguntar: en concreto, en la realidad del matrimonio, por ejemplo, ¿cuáles han de ser los motivos de la propia ofrenda?

Y aquí, la famosa media naranja del mito platónico no nos ha ayudado mucho. Porque es verdad que el hombre y la mujer son en cierto modo complementarios y que el deseo de unirse a la persona que lo perfecciona constituye uno de los impulsos para desear esa donación. Es cierto, y esa complementariedad se engloba entre los ingredientes del amor. Pero no es ni su causa más alta –aunque sí, tal vez, su detonante– ni lo que lo hace formalmente humano. Lo que especifica el verdadero amor personal es, por el contrario, la búsqueda y la entrega al otro en cuanto otro: lo que podríamos calificar como primacía radical del tú.

Según explica Carlo Caffarra, «la persona que pretende amar con autenticidad no es aquella que busca al ser amado “porque es útil que existas para mí”, “porque me procura placer disponer de ti para mí”, o “porque me es necesario que existas para satisfacer mis

<sup>24</sup> LEONARDI, MAURO, «Paura di servire, paura di vivere», en *Studi Cattolici*, núm. 518, abril de 2004, pp. 326-327.

<sup>25</sup> ESCRIVÁ DE BALAGUER, SAN JOSEMARÍA, *Surco*, Rialp, Madrid, núm. 797.

carencias". Se dispone al amor de verdad quien afirma de la persona amada "qué bueno que existas en ti y por ti misma y me entrego a ayudarte a llevar a la plenitud lo mejor de ti misma": porque su entendimiento ha percibido profundamente el valor intrínseco del otro y su voluntad le abre a darse al otro en la tarea de perfeccionar la realización de su bien o valor intrínseco»<sup>26</sup>.

En contra de una opinión bastante generalizada hoy día y de lo que también se haya dicho en otros tiempos, el amor genuino no tiene como punto discriminador de referencia al yo: como mostrara Cardona, perseguir el propio bien, autorrealizarse, más que bondad manifiesta, por así decir, que uno es «listo»... o «listillo»; y andar en pos del mal propio no es característico del malo, sino más bien del «tonto». Por el contrario, el amor verdadero revierte de forma inesquivable en perfección del tú, de los otros<sup>27</sup>. Lo explica Juan Bautista Torelló, tras muchos años de práctica como psiquiatra en la Europa central: «la madurez afectiva depende de la capacidad de amar, y es el egocentrismo lo que incapacita para el amor, sea el amor humano o el amor divino. Para madurar es necesario salir del vivir para mí—egóticoy alcanzar un vivir para ti»<sup>28</sup>.

También lo enuncia con pulcritud, y un cierto estro cordial, Charles Moeller: «En el amor auténtico hay salida de sí hacia un país nuevo que Dios nos mostrará, que nos hará verdaderamente forasteros, que se apoderará de nosotros por completo y nos lanzará a esa gran aventura que consiste en hacer que el ser al que amamos sea verdaderamente él mismo, preservado en lo que es, es decir, distinto de nosotros, o sea incommunicable. Ante este ser no podemos hacer más que estar a su servicio, desaparecer nosotros, y decir: "no yo: tú", con las palabras de Dumitriu en su novela *Incógnito*»<sup>29</sup>.

Y lo expone, con la arriesgada imprecisión del arrebato, Pepita Jiménez, en la inmortal producción de Juan Valera, dirigiéndose a don Luis Vargas: «Si el amor es lo que usted dice, si es morir en sí para vivir en el amado, verdadero y legítimo amor es el mío, porque he muerto en mí y solo vivo en usted y para usted»<sup>30</sup>.

### 3. Fecundidad de por vida

Todo lo visto hasta el momento podría compendiarse en dos ideas, que ilustraré con otras tantas citas.

La primera, que el amor, todo amor, cada uno a su manera, es siempre fecundo: origina realidad, perfección, desarrollo, plenitud. Y de ahí la definición platónica, recordada por Ortega: «Amor es afán de engendrar en la belleza, *tiktein en tò kaló*—decía Platón. Engendrar, creación de futuro. Belleza, vida óptima. El amor implica una íntima adhesión a cierto tipo de vida humana que nos parece el mejor y que hallamos preformado, insinuado en otro ser»<sup>31</sup>.

<sup>26</sup> CAFFARRA, CARLO, *Sexualidad a la luz de la Antropología y de la Biblia*, Rialp, Madrid, 1998, p. 22.

<sup>27</sup> Cfr. CARDONA, CARLOS, *Ética del quehacer educativo*, Rialp, Madrid, 1990, p. 96.

<sup>28</sup> TORELLÓ, JUAN BAUTISTA, cit. por NANNI, CARLOS, *El amor no es una palabra equívoca*, S.R., pp. 11-12.

<sup>29</sup> MOELLER, CHARLES, *Literatura del siglo XX y Cristianismo. V: Amores humanos*, Gredos, Madrid, 2ª ed., p. 30.

<sup>30</sup> VALERA, JUAN, *Pepita Jiménez*, Planeta, Barcelona, 1992, p. 127.

<sup>31</sup> ORTEGA Y GASSET, JOSÉ, *Estudios sobre el Amor*, Revista de Occidente de Alianza Editorial, Madrid, 2ª ed., 1981, p. 76.

La segunda, que esa fecundidad se alcanza, siempre, a través de la propia entrega y disponibilidad. En este sentido, la afirmación de Philine se muestra de nuevo eficazísima: «no sabrás todo lo que valgo hasta que no pueda ser, junto a ti, todo lo que soy».

Los educadores de profesión, los amigos, los padres, los enamorados... deberían reflexionar sobre esta idea, tal vez con ayuda del conocidísimo texto de San Agustín: «*Dilige, et quod vis fac...*: ama, y haz lo que quieras; si callas, callarás con amor; si gritas, gritarás con amor; si corriges, corregirás con amor; si perdonas, perdonarás con amor. Como esté dentro de ti la raíz del amor, ninguna otra cosa sino el bien podrá salir de tal raíz».

De lo que se trata, pues, en todos los casos no es sólo, ni fundamentalmente, de hacer, como sugiere de continuo el activismo contemporáneo, sino antes y sobre todo, de amar, aun sabiendo que, sin obras, entre otras las de la inteligencia que inquiere y al fin comprende, tal cariño no es completo. Se evitarían así muchas fricciones internas, frutos de falsas alternativas: como la de trabajar desmesuradamente fuera del hogar, empeñarse en «hacer» en el ámbito social, con los amigos o conocidos... o dedicar una atención preferente al otro cónyuge y a los hijos: cuando todas esas acciones son fruto del amor, la presunta incompatibilidad entre unas y otras desaparece, no sólo en la teoría, sino también –acaso aderezada con una dosis de picardía e ingenio– en la práctica. (Esta idea puede ilustrarse con unas palabras de Francisco Gómez Antón, catedrático con muchos años de experiencia universitaria. Cuando le preguntaron por el «secreto» de su triunfo en las aulas, contestó: «Para dar una buena clase hay que hacer muchas cosas. La primera de ellas, querer mucho a los alumnos»<sup>32</sup>.)

Por último, sería oportuno recordar que el perfeccionamiento logrado en virtud del propio amor no es cosa de un instante, ni tan siquiera de años, sino tarea de toda una vida. De ahí, entre otros motivos, la función inigualable de la familia. Porque, como nos recuerda Mazzini, «la familia posee en sí misma un precioso don, muy raro fuera de ella: la persistencia. Los afectos se entretienen lentamente, inadvertidos; pero, tenaces y duraderos, se os entrelazan día a día, como la hiedra en torno al árbol; se identifican en fin, muy a menudo, con vuestra propia vida. Con frecuencia ni siquiera los discernís, ya que forman parte de vosotros mismos; pero cuando los perdéis, sentís como si os faltase un no sé qué de íntimo, de necesario para poder vivir».

Y, en efecto, por referirme a un solo caso, la actitud de un anciano o una anciana ante el lecho de muerte de su cónyuge, el beso encendido con que lo despide embelesado, puede constituir una ayuda definitiva para el tránsito de este mundo hasta la vida eterna. Hay, por tanto, que armarse de paciencia y, lo que es mucho más difícil en estos tiempos, según comentaba con un punto de ironía Carlos Cardona, olvidarse de la velocidad: «Considere una cosa –escribe de nuevo Thibon–: cuanto más elevado está un acto en la jerarquía de valores, menos interés tiene que se haga rápidamente. [...] Que un enamorado acuda de prisa a una cita es algo excelente. Sin embargo, si, apenas llegado a los pies de su amada, comienza a inquietarse por la hora, la plenitud del intercambio está muy comprometida. “El amor y la precipitación forman mala pareja”, decía Milosz. Todo lo que, en el tiempo, se aproxima a lo eterno exige largos plazos de maduración y espera»<sup>33</sup>.\*

<sup>32</sup> GÓMEZ ANTÓN, FRANCISCO, *Desmemorias*, EUNSA, Pamplona, 2002, p. 13.

<sup>33</sup> THIBON, GUSTAVE, *Entre el Amor y la Muerte*, Rialp, Madrid, 1977, pp. 48-49.

\* Recepción del artículo: 4 de diciembre de 2006. Aceptación del artículo: 29 de diciembre de 2006

## Bibliografía

- ALBERONI, FRANCESCO, *Enamoramiento y Amor*, Gedisa, 6a ed., 1996.
- ARZÚ DE WILSON, MERCEDES, *Amor y Familia. Guía práctica de educación y sexualidad*, Palabra, Madrid, 1998.
- BORGES, JORGE LUIS, *Antología Poética 1923-1927*, Alianza/Emecé, Madrid, 5ª reimp., 1993.
- BRANCATISANO, MARTA, *La Gran Aventura*, Grijalbo, Barcelona, 2000.
- CAFFARRA, CARLO, *Sexualidad a la luz de la Antropología y de la Biblia*, Rialp, Madrid, 1998.
- CARDONA, CARLOS, *Ética del quehacer educativo*, Rialp, Madrid, 1990.
- CHESTERTON, GILBERT KEITH, *Ortodoxia*, 1908, en *El amor o la fuerza del sino*, antología elaborada por DE SILVA, ÁLVARO, Rialp, Madrid, 1993.
- ESCRIVÁ DE BALAGUER, SAN JOSEMARÍA, *Surco*, Rialp, Madrid, 2001.
- GILSON, ÉTIENNE, *El Amor a la Sabiduría*, Ayse, Caracas, 1974.
- GÓMEZ ANTÓN, FRANCISCO, *Desmemorias*, Eunsa, Pamplona, 2002.
- GUITTON, JEAN, *Ensayo sobre el Amor Humano*, Ed. Sudamericana, Buenos Aires, 1968.
- JOUBERT, JOSEPH, *Pensamientos*, Edhasa, Barcelona, 1955.
- LEONARDI, MAURO, «Paura di servire, paura di vivere», en *Studi Cattolici*, núm. 518, abril de 2004, pp. 326-327.
- MARAÑÓN, GREGORIO, *Amiel*, Espasa-Calpe, Madrid, 11a ed., 1967.
- MARIAS, JULIÁN, *La Educación Sentimental*, Alianza Editorial, Madrid, 1992.
- MOELLER, CHARLES, *Literatura del siglo XX y Cristianismo. V: Amores humanos*, Gredos, Madrid, 2ª ed., 1995.
- MORALES, RAFAEL, «Pena», en *Obra Poética*, Austral, Espasa-Calpe, Madrid, 1982.

NÉDONCELLE, MAURICE, *La Réciprocité des Consciences*, Aubier, París, 1942.

ORTEGA Y GASSET, JOSÉ, *Estudios sobre el Amor*, Revista de Occidente de Alianza Editorial, Madrid, 2a ed., 1981.

ORTEGA Y GASSET, JOSÉ, «Estética en el tranvía», en *El Espectador*, I, Ed. Biblioteca Nueva, Madrid, 1943.

SALINAS, PEDRO, *La voz a ti debida*, Clásicos Castalia, Madrid, 2a ed., 1974.

TORELLÓ, JUAN BAUTISTA, cit. por NANNEL, CARLOS, *El amor no es una palabra equívoca*, s/r, pp. 11-12.

THIBON, GUSTAVE, *Entre el Amor y la Muerte*, Rialp, Madrid, 1977.

UNAMUNO, MIGUEL DE, «¡Adentro!», en *Obras selectas*, Plenitud, Madrid, 5a ed., 1965.

VALERA, JUAN, *Pepita Jiménez*, Planeta, Barcelona, 1992.

VON HILDEBRAND, ALICE, *Cartas a una recién casada*, Palabra, Madrid, 1997.